



Vida y milagros de San Luis

Impresionante joya de la Gran Reserva de la Biblioteca Nacional de Francia. **Es uno de los manuscritos más ricos y suntuosos que nos ha dejado la Edad Media.** Original en fina vitela.

Manuscrito destinado a la duquesa de Borbón, una de las tres esposas de Juan II, duque de Borbón y hermano del cardenal de Lyon, Carlos de Borbón, comitente del códice.



Compilación de gestas de la extraordinaria vida de San Luis, rey de Francia, hijo de Blanca de Castilla y primo de Fernando III el Santo, a su vez rey de Castilla y padre de Alfonso X el Sabio.

El tándem gobernante de Blanca de Castilla y su hijo Luis IX es uno de los más fecundos y excepcionales de la historia de Francia y de Europa.

Su reinado ocupa la parte central del siglo XIII, y hace retroceder, a veces de forma casi definitiva, las grandes hambrunas y muchas de las pestes que asolaban a Europa. En ese período las ciudades progresan como nunca y, aun en medio de un modelo monárquico, el parlamentarismo adquiere una fuerza inusitada.

San Luis emprende la cruzada séptima y la octava, muriendo de tifus a las puertas de Túnez al volver de esta última.

La huella dejada por su reinado continúa vigente en pleno siglo XXI, en el que todas las monarquías europeas que aún perduran tienen lazos de consanguinidad y están emparentadas con San Luis, desde los Capetos y la reina de Inglaterra, hasta los Valois, los Orange y, por supuesto, los Borbones de España.

El manuscrito de su *Vida y milagros* es excepcional, de un impacto visual inigualable y, por su solemnidad y belleza, no tiene precedentes en la historia de la miniatura.

Los apasionados de la historia, los amantes de la literatura y todos los bibliófilos con criterio encontrarán solaz y deleite especial con la **perfecta réplica de Siloé de este grandioso tesoro.**



El rey ideal, un rey único, según el gran historiador Jacques Le Goff.

En efecto, Jacques Le Goff, en su extraordinaria biografía de San Luis, reconocida como el gran referente de este insigne monarca, nos cuenta que el rey construyó innumerables hospitales, un incipiente sistema de Seguridad Social supervisado por el propio rey en persona y que llegaba a todos los necesitados del reino, de forma que su reinado supuso una gran mejora de la condición de campesinos y artesanos.

San Luis ha sido el único personaje político de toda la historia que ha merecido el sincero y encendido elogio de Voltaire. Según él, San Luis fue el único jefe de Estado que supo compaginar una política profunda con una justicia exacta y quizá sea también el único soberano que merezca esta alabanza.

San Luis es el personaje político más importante de todo el siglo XIII en el Occidente cristiano. Su reinado ocupa la parte central de ese siglo XIII y sabe sacarle partido a la ventajosa herencia

y al prestigio de las tres dinastías y de las tres figuras capitales en las que se apoya su reinado, a saber Clodoveo, Carlomagno y su abuelo Felipe-Augusto.

En aquel momento, además, el arte gótico llega a su máxima expresión, la Universidad de París sobresale en el continente, en donde al mismo tiempo la lengua francesa está de moda y gana prestigio. En ese ambiente no es de extrañar que San Luis venga a representar la esencia inigualada de la monarquía francesa y, como nos sigue recordando Le Goff, termine siendo la figura característica de un siglo comparable al célebre siglo de Pericles de la antigüedad.





De San Luis se dice que a nadie injurió ni violentó y que supo impartir soberanamente justicia. Antes de él, jamás un rey, un príncipe o un potentado había obligado a corregir y a reparar los abusos e injusticias causados a la gente pobre durante los reinados de sus antepasados por la prepotencia de barones y prebostes. Y algo que constituye un hecho único en la historia de la humanidad es que quiso oír la voz de aquellos a los que nadie escuchaba.

Se casó con Margarita de Provenza con la que tuvo 11 hijos. Fundó gran cantidad de hospitales y monasterios, colaboró en la construcción de la abadía de Royaumont y la basílica de Saint-Denis, en donde fue enterrado. Mandó construir la hermosa Sainte Chapelle de París, donde depositó las reliquias –principalmente la corona de espinas– de Cristo que él mismo había adquirido. Participó en la fundación de la Universidad de la Sorbona, y su reinado fue un período de gran evolución cultural, intelectual y teológica. Siguió atentamente los últimos trabajos de la construcción de la catedral de Notre-Dame. Y finalmente, emprendió las cruzadas séptima y octava.



Hijo de su tiempo, de aquel siglo XIII plagado de guerras y enfrentamientos, no desistió jamás de su infatigable voluntad de justicia, quiso que *los valores del cielo descendieran a la tierra*, y fue el gran pacificador de su época y el árbitro de los conflictos de la cristiandad. Por lo que muchos le consideran como el primer europeo de verdad, y uno de los primeros misioneros, pues sus cruzadas y sus incursiones en territorios judíos y musulmanes estaban más guiados por su afán de conversión que por el de conquista. Quería que en la tierra reinara la justicia porque en su espíritu *todo le venía dictado por el gran amor que le dominaba*.

Llama la atención que, en el trascurso de una de sus cruzadas, cuando el sultán de Egipto le apresó, su bondad y sus virtudes eran tan ostensibles que se ganó no solo el respeto sino hasta el cariño de los propios musulmanes que quisieron nombrarle sultán y que con lágrimas en los ojos venían a decir de él que *era el hombre justo que más trabajó para el advenimiento de la paz al mundo*.



Le Goff nos dice incluso que San Luis puso en práctica por primera vez en la historia de la humanidad la teoría orgánica de la sociedad, enseñada por su amigo santo Tomás de Aquino, que hacía del rey la cabeza de un cuerpo político orgánico, bien estructurado y bien administrado. Persiguió la usura bajo todas sus formas. Combatió por una moneda estable y fuerte como importante instrumento de prosperidad económica. De hecho, lo que en la memoria colectiva quedará de su reinado es esa época de gran prosperidad material, sin cambios monetarios, sin inflación y sin hambres. Será una época de justicia, paz y abundancia, de un régimen político perfecto, de una monarquía cristiana ejemplar.

